

AÑO XI

ATHENEA

N.º II

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Toda correspondencia relativa a ATHENEA
debe dirigirse al apartado 572

Cuando yo muera!

Cuando pague tributo a la Naturá
y mi espíritu vuelva a su morada,
si tú existes aún, mi dulce amada,
dáme al pie de algún árbol sepultura.

En mármóreo sepulcro no me entierres,
que es lujo y necedad la humana pompa;
no podrás impedir que me corrompa
aunque en caja de sándalo me encierres.

Entiérrame a la orilla de una fuente
y cultiva un jardín sobre mi fosa,
y así, mi corazón trocado en rosa,
llenará de perfumes el ambiente.

Más prefiero ser fruto sazonado
que flor para los ángeles nacida;
en vez de grata esencia, ser comida,
y ofrendarme hecho pan al desgraciado.

Dáme al pie de algún árbol sepultura
do pudriéndome, al borde de un camino,
calme el hambre y la sed del peregrino
y le brinde frescor con mi verdura.

Rogelio Fernández Güell

La Leyenda del Cíclope

A Tomás Soley y Güell, un paréntesis poético en sus admirables estudios de Economía Política.

Está irritado el cíclope. Como un funesto alarde,
eleva entre la bruma creciente de la tarde
un penacho de humo cuajado de centellas
y golpea los cielos con su pica de estrellas.

En su potro de llamas se retuerce iracundo
como en lo alto del Cáucaso, Prometeo profundo.
Y blasfema y sacude sus melenas hirsutas
y vomita a los cielos en enormes volutas
su dolor y su rabia, en espesos vapores
que manchan, Primavera, tu traje de colores.
¡Y en los cielos impávidos, donde Júpiter mora,
y en el zafir inmenso que la Aurora decora,
Apolo con sus flechas asaetea el volcán
que yergue al infinito su dorso de titán!

Una enorme columna de humo el viento azota
como una gran bandera deshilachada y rota.

Orgullo de mi tierra y azote de Dios mismo,
Irazú, ¿qué pecado te alzó sobre el abismo,
alimentó tus hornos, te abrió la negra boca,
y te dejó por siempre cautivo en esa roca?

Al pie de tu Pirámide, van desfilando siglos,
y cortejos de héroes, quimeras y vestigios,
¡y tú sigues incólume! ¡y en tu cumbre altanera
relumbra eternamente tu embravecida hoguera!

Con ojos espantados, surgiendo de los mares,
te adoraron borucas, caribes y güetares,
y arrojaban las madres, al oír tus rugidos,
a tu cráter hambriento a los recién nacidos.

Entonces sosegada mostrábase tu cumbre
de la tarde muriente al último vislumbre,
y así pasaron siglos de horror siempre maldito,
y nunca de inocentes el negro vientre ahito.

Sólo una hermosa india guardaba en las montañas
una bella criatura hija de sus entrañas,
oculta en una cueva. El monstruo lo sabía
y con furiosos gritos la víctima pedía!

Al ver la infeliz madre descubierto el infante
y al pueblo en torno de ella contrito y suplicante,
subió a la excelsa cumbre, el alma hecha pedazos,
y se arrojó a la sima con la criatura en brazos!

Acabóse ese día tu leyenda de horror.
En tu serviz domada clavó el conquistador
la bandera de Cristo, y de su propio estrago
surgió triunfante y bella la noble y leal Cartago.

Rogelio Fernández Güell

Enero de 1918.

NOTA.—Esta preciosa composición inédita del glorioso desaparecido Fernández Güell, nos fué enviada por su señora esposa, pues así lo dejó prescrito nuestro buen amigo y compañero de letras. Al pie del original se lee que el poeta encarga a quien esto escribe de revisarle su composición y darla a ATHENEA.—Un doble motivo nos ofrece, pues, la bella composición que hoy publicamos.—Creemos que los lectores la acogerán con el mismo beneplácito que nosotros.—R. S.

Una Ilusión Óptica

por Gustavo Michaud y J. Fidel Tristán

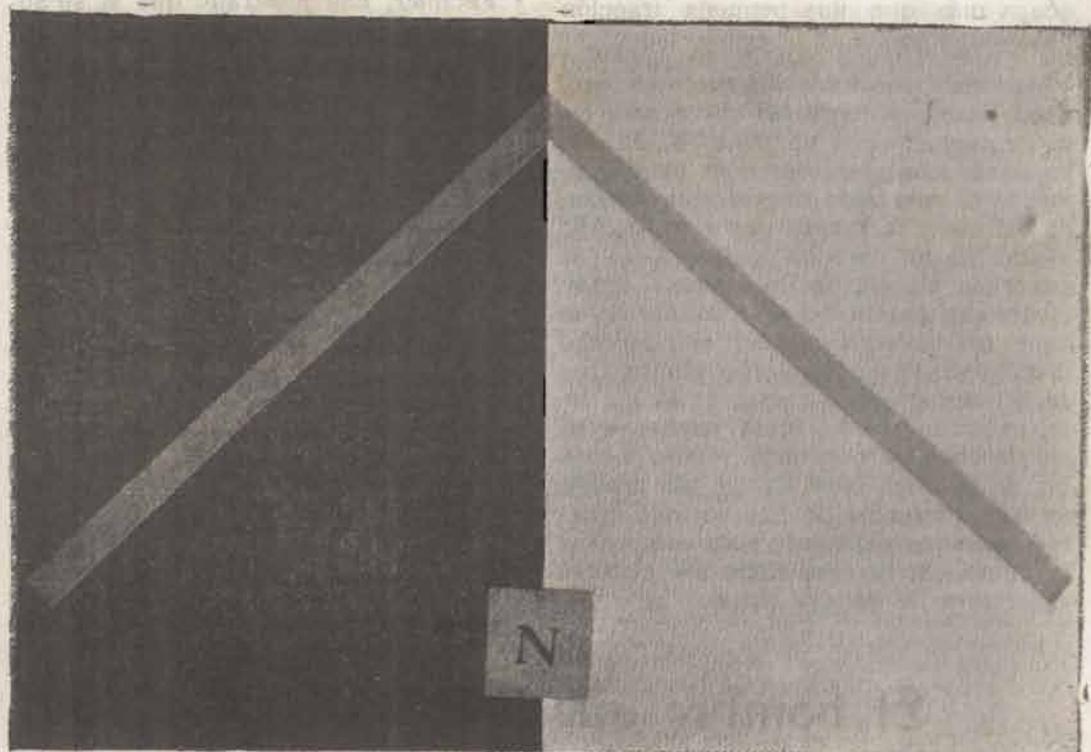
Traducido de *La Nature* del 20
de Octubre de 1917.

Para ATHENEA

Cada uno conoce la ilusión que nos permite ver más claro un dibujo gris cuando está colocado bajo un fondo negro y más oscuro cuando está colocado sobre un fondo blanco. Esta ilusión de contraste se efectúa sin duda en la figura adjunta pero no logra disimular la

Suplicamos al lector examinar la figura desde una distancia tan corta que la extremidad de la nariz llegue y permanezca en contacto con el punto marcado N.

La visión de las dos cintas se nace, en estas condiciones, algo indistinta,



gran diferencia de luminosidad que hay entre las dos cintas grises angostas. A pesar de que el campo negro hace parecer la cinta izquierda más clara, aunque el campo blanco oscurezca la cinta derecha, la primera permanece para el observador netamente más oscura que la segunda.

puesto que el ojo humano no puede acomodar a una distancia de 5 centímetros. En compensación, lo que pueda perfectamente claro, a pesar de la corta distancia, es la luminosidad relativa de las dos cintas: *La más oscura se ve blanca; la más blanca se ve casi negra.*

Esta curiosa inversión tiene por causa

dos factores que obran ambos en la misma dirección: una desigualdad en la abertura de las dos pupilas y la influencia ejercida por uno de los dos ojos sobre la visión del otro.

En la visión binocular, a la distancia, los dos ojos convergen hacia un mismo punto, el cual en el caso de nuestro experimento, puede ser ya la cinta sobre el fondo negro, ya la cinta sobre el fondo blanco. En ambos casos las dos pupilas están interesadas del mismo modo y sus dimensiones son iguales entre sí. Ambas se abren simultáneamente un poco más cuando los ojos consideran el fondo negro, un poco menos cuando se dirigen hacia el fondo blanco, pero la diferencia no es grande ya que, en tales circunstancias, el cuadro negro no ocupa más que una pequeña fracción del campo visual.

Un fenómeno muy diferente se produce cuando la nariz del observador está en contacto con el punto N. El ojo izquierdo considera entonces exclusivamente el cuadrado negro, que ocupa, en tal caso, la mayor parte del campo visual. El ojo derecho considera sólo el cuadrado blanco, en las mismas condiciones. La pupila del ojo izquierdo se hace más grande; la del ojo derecho disminuye. El ojo izquierdo admite, *ipso facto*, una fracción mayor de la luz total reflejada por la cinta izquierda; el ojo derecho, al contrario, recibe menos luz de la cinta derecha. De allí proviene una diferencia de luminosidad enorme, más que suficiente para compensar la diferencia inversa entre los poderes reflectores de las dos cintas.

La relación entre la luminosidad de cada cinta y la del campo sobre el cual ella descansa, permanece la misma ya que la pupila está dilatada o contraída, pero los ojos no comparan, durante este experimento, ni las cintas con sus campos respectivos, ni aún los dos campos entre sí, puesto que éstos, para el observador, parecen superponerse y le dan una sensación resultante de color gris. La única comparación que queda posible y que se efectúa muy netamente, es la de las dos cintas que parecen cruzarse sin superponerse excepto en su punto de intersección.

He aquí en qué consiste el segundo factor de la ilusión que acabamos de describir: Jarin, en la mitad del siglo XVIII, y, casi un siglo después, Aubert y Fechner, han mostrado que si se aumenta o se disminuye la cantidad de luz que penetra en uno de los ojos, el otro ojo está afectado por estas variaciones y ve el objeto considerado más claro en el primer caso, más oscuro en el segundo. Este fenómeno contribuye a la producción de nuestra ilusión puesto que el ojo izquierdo está colocado frente a un medio oscuro mientras que el ojo derecho está fuertemente alumbrado. La cinta considerada por el ojo derecho parecerá, pues más oscura, y la considerada por el ojo izquierdo más clara que si cada uno hubiera sido examinada únicamente con el ojo correspondiente, permaneciendo cerrado el otro ojo. El efecto así producido es agrega al que determina la desigualdad en las dos pupilas pero es menor que él.

(Contribución del Colegio de Señoritas)

El hombre que hace los versos

Ustedes van a decir que esto no es verdad, que es solamente un cuento.

Ustedes creen que cuando se lleva a cuestras el bautismo de literato no se tiene el derecho más tonto que tienen todos los mortales; el derecho a que le sucedan cosas dignas de ser contadas.

Todo lo sacamos de la cabeza, todo lo inventamos y cuando comenzamos por decir:

—Ayer me sucedió este caso....

—Acabo de presenciar esta escena....

Ustedes sonríen con cierta encantadora desconfianza.

En esas sonrisas, como en un balcón carnavalesco, asoma la pregunta burlona:

—Es una escena del drama que está usted escribiendo?

—Es el final de un capítulo de su novela?

Pues sepan que nosotros somos también personas muy capaces de que nos sucedan cosas interesantes y dignas de referirse.

Sepan que a veces al escribir no tenemos que inventar la trama de tal o cual suceso

que ha de dar tal o cual resultado, sino que nos dejamos ir al acaso, contando cosas que por sí solas se tramán en nuestra presencia y muy fuera de nuestra voluntad.

Miles de veces son Juan y Pedro, los conocidos más cercanos de ustedes, los que vienen danzando en nuestros cuentos, con la sola diferencia de que se disfrazan de Don Ramiro o Barón de la Espina y ustedes no se atreven a evantar el antifaz por respeto o por piedad.

—Bueno, pero a dónde va la procesión; por qué nos ha caído encima ese aguacero sin decir: abran los paraguas?

—No sabes que se acerca la cuaresma y hay que ensayar sermones?

—Esto ni es aguacero, ni es sermón, ni cosa que lo parezca, es sencillamente una protesta.

—Protesta adelantada, es decir, una cura en salud. Este primito mío es de los que toman quinina para el caso de que pudieran venirle tercianas.

—Me recuerda el cuento del chiquillo que se lleva una fruta hurtada del aparador y corre a ver a mamá con las manillas para atrás diciendo:

—Mamá, yo no he cogido la fruta.

—Cuál fruta, nene?

—Una que se acaban de coger, y termina haciendo pucheros.

—Bueno, todo eso es cierto, las mujeres son invencibles y la verdad es que por galantería hay que dejarse vencer, estoy vencido.

Convengo en que ustedes me han tomado el pelo. Yo he cogido la fruta y aquí está. Todo ese discurso está fuera de tiesto, venía en son de reprimenda, venía como exposición de credo literario....

—Y no venía a cuento.

—No, eso no, lo he disparado a quemar ropa porque apenas dije:

—Miren que caso tan encantador me ha ocurrido ayer....

Ustedes se han mirado con una mirada tan amable que dice a las claras estar seguras de que no lo he visto sino que lo he soñado.

—Por lo visto el sermón venía diciendo lobo a todo el mundo antes que descubrieran las orejas.

—No, porque esta vez están ustedes chasquendas. Sepan que en verdad ahora me ha sucedido este suceso, como le puede suceder a toda persona que haya dado en la manía de hacer versos.

—Pues cuente usted el suceso, pero sin prólogo. La peor de las manías que tienen ustedes los literatos es esa de los prólogos, no sólo les tenemos que leer sino que nos martirizan con la opinión de los que han leído el manuscrito. Y esta literatura de los prólogos es siempre la misma.

—Bueno, eso que usted está diciendo es otro credo literario, pero yo soy tolerante, puede usted hacer cuantos quiera.

Si voy a contar este caso sin prólogo, y lo voy a contar en obsequio suyo, Juanita, en obsequio suyo porque el otro día me ha preguntado con cierta sorna, muy femenina y muy suya, qué es lo que nosotros llamamos verso.

—Sí, ya recuerdo, lo dijo a raíz de haber publicado tú aquel famoso poema de las acacias.

—Crueldades de mujer que quiere....

—A usted Alfredo?

—Pero si me deja usted con la palabra en la boca. Yo no pensé decir que a mí, iba a decir otra cosa, ese verbo buscaba otro complemento, pero como usted tiene la paja tras la oreja....

—Qué divertido!

—Sí, resulta muy divertido, un poco menos quizá que una mujer que quiere a un prójimo y tiene miedo de que lo sepan los cristianos, sin embargo lo va descubriendo al ocultarlo. Le devuelvo la chinita: usted tiene la fruta en la mano, no la escondo.

Juanita se había encendido como una tarde de verano quemada por el celaje. Aquella pareja de ojillos negros, llenos de picardías, brillaban con esa indecisa humedad de los ojos que no saben si reír o llorar.

Comprendió que estaba cerca del vencimiento y recuperó sus fuerzas de mujer muy siglo veinte.

—Efectivamente tengo un miedo terrible a decir cosas ociosas.

—Y por qué las llama ociosas?

—Porque cosas tan a la vista, que hasta usted ha notado, ya las sabe todo el mundo y está por demás que las repita.

La prima Bertha acababa su bordado oyendo como sin oír y un poco regocijada de que le salieran al paso a aquel mozo de su primo. Sin embargo había que sacarle de las uñas de aquella felina y deliciosa mujercita.

—Ya está, hombre, no dices más que cosas triviales, dejen todo eso que no tiene chiste, cuenta el cuento que es la única manera de sentirte interesante.

—Cuidado, prima, que hay cosas que no deben decir nunca las mujeres.

—Ya ven, cuando le falta miga hace un chiste y chiste de café cantante.

—Pero no lo tomen ustedes a mal, las mujeres a todo le encuentran interés, no he querido decir otra cosa.

—A todo menos a tu cuento.

—Sí, ya lo sé, como que del argumento no podría sacarse una película de cine.

—Gracias por tan fina galantería.

—Sin enfadarse, Juanita, pero la verdad es que éste es suceso sencillo, sin pasiones, sin héroes, sin tempestades. Ni trágico ni cómico.

—Un suceso incoloro?

—Es la palabra.

—Pues a fuera con él.

—Bien, comienza el relato.

—Al fin.

—Me paseaba ayer tarde por el jardinillo de la Parroquia, sin pensar en nada, quizá en uno de esos minutos deliciosos en que nos metemos allá, en el fondo de nuestro caracol, para escaparnos de la carga del pensar y no vemos, ni sentimos y andamos como sonámbulos.

—Cosa terrible que suele suceder a las personas que....

—Déjeme usted quieto, Juanita, que está echando a perder este relato.

—Pero si es que pone usted una cara tan seria de narrador que francamente hace cosquillas.

—Bueno, ya está, no admito más interrupciones: Aquí va el cuento:

—Estabas ya en el parque... supongo que no vas a repetir?

—Qué he de repetir... me costará trabajo contarlo a secas y voy a pensar en repetir? Pero no se hagan planes, lo que es este cuento lo cuento de cualquier manera.

—Es guerra a muerte?

—Pues apunta.

—Apunto: una banda de golondrinas aleteaba en lo alto, en las cornizas de la iglesia. Al verlas, sin saber por qué, me dí a pensar una cáfila de disparates. Pero no se rían ustedes, si ya sé lo que quieren decirme, es esto:

—Y qué otra cosa podría usted decir?

Eso no tiene chiste, éso lo dice cualquiera.

—Lo que no hace cualquiera es adivinar el pensamiento de los demás.

—Es que a ustedes me las sé de memoria.

—Bueno, señores, ésto ya no es formalidad. Mi primo ha prometido relatar un suceso dedicado a ti, ya pasó el prólogo, estamos en pleno relato, hay que oírlo. Empieza otra vez, Alfredo.

—Iba usted por lo que pensó acerca de las golondrinas. Eso será interesante para nosotras, que somos muy ignorantes en cuestiones de pájaros.

—Muy interesante a pesar de que tu modestia lo califique por adelantado de cáfila de disparates.

—Pensé, dos puntos. Estos dos puntos los pongo para decir a ustedes que no me importan un comino esas bromas y que pido respeto y exijo que no interrumpen la narración con chistes de tan poco gusto.

—Agradecidas y ponga usted su cuento entre comillas.

—Eso, es, queda entre comillas, contaré el cuento como si fuera un disco de fonógrafo, sin cuidarme de ustedes, porque realmente resulta la cosa más difícil del mundo relatar un suceso cualquiera frente a dos mujeres tan picoteras.

—Adelante con los faroles y sin ofensas.

—Pensé: pero tendrán estas golondrinas algunas ideas en la cabeza, o serán como ciertas mujeres?

Esa cabeceilla tan chiquitina y tan mona tendrá de veras por dentro alguna cosa grande...?

—Como ciertos hombres?

—La verdad es que han de ser más generosas que los hombres para vivir tan alegremente en tan grandes compañías.

Entiéndase que digo hombres incluyendo al decirlo los dos sexos, sólo que la gramática pide que en habiendo dos sexos no se dé importancia alguna al femenino.

—Ahora los discos seremos nosotras.

—Esto no puede ser una familia, me pensaba, ésto es un pueblo entero.

Y este pueblo de golondrinas resuelve muchos problemas sociológicos que los hombres no hemos resuelto todavía.

He aquí un pueblo que no vive pegado a un rincón de la tierra, por que la posee por en-

tero con sólo abrir el aeroplano de sus alas. Un pueblo que donde quiera encuentra fruta que picar y mechinal en que pasar la noche y sin embargo se junta, se forma en banda y viene a refrescar el fastidio de esta torre con una fiesta de gracia y de inquietud. Esto es realmente admirable.

Quién las manda? Cómo las manda? Por qué obedecen? Quién les hace sus leyes? Por qué las acatan?

—Muy pocas preguntas para un filósofo.

—Si no me dejan quieto las amenazo con seguir pensando cosas de las golondrinas.

—Dios nos libre.

—Supónte que ya se han ido.

—Está bien, pero te callas. Las golondrinas se han ido. Me he sentado en uno de las banquetas de cal y canto.

Una ronda de chiquillas llega corriendo al parquecillo, corriendo como si vinieran perseguidas.

Todo el parque se inunda de ruidos, de risas, de carreras.

Quince voces tipludas gritan a coro señalándome con quince dedillos agitados.

—Mírenlo, allí está!

—Aquel es!

Me rodean rápidamente sin dejarme tiempo para una explicación.

No comprendo la razón de este asalto imprevisto.

Estoy encerrado en una prisión de carillas locuaces y pascales entre las que mi cara severa, de hombre que no comprende, ha debido hacer un tonto contraste.

Una, la más decidora del grupo, coloradota y agitada, como persona que ha venido corriendo hace rato, me pregunta sin preámbulo, sin saludo, sin cortesía, con una voz cortada por grandes respiros de agitación.

—Es usted el señor que hace los versos?

Esta pregunta me sorprende y me desconcierta. Se trata de una tomadura de pelo? Es alguna broma pesada que me ha preparado alguna Juanita? Respondo:

—Son ustedes las golondrinas?

Se miran sorprendidas.

—Nosotras?

—Las golondrinas?

—No, señor.

—Somos las niñas del segundo grado.

—Ah! Ustedes son las alumnas del segundo grado?

—Sí...

—Pues efectivamente yo soy el hombre que hace los versos.

—Ya lo ves?

—Sí, yo sabía que es usted.

Esto lo dice una marinerilla pequeñita y graciosa como un juguete.

Las demás la miran con cierta admiración. Casi se lee en las boquillas abiertas:

—Miren ustedes una persona que de veras conocía al hombre que hace los versos.

Ella cree necesaria una explicación.

—El le ha escrito un verso a mi hermana Socorro. Encima del verso habían pintado unos pájaros y una campana, mi hermanillo sacó los pájaros con las tijeras para regalármelos. Hubo que arrancar la hoja, pero mi hermana sabe el verso de memoria.

La más sería interrumpe el discurso con sus ojos azules y su cara tudesca. Es preciso ir al grano, piensa ella, no puede agradarle que se vengan a contar cosas sin importancia, se interpone entre la muñequilla y yo.

—Hemos ido a su casa tres veces.

—La mamá suya nos dijo que no estaba.

La marinerilla ha comprendido que hay que irse al grano, ensava:

—Una señora le ha visto a usted en este parque y nos dió la noticia.

Yo me pregunto por dentro:

En qué será posible servir a estas migajas? Por que la verdad es que estos gorgojos han debido buscar a un vendedor de melcochas y no al hombre que hace los versos.

—Y qué quieren ustedes de mí?

—Que nos haga un verso.

—Sí, que nos haga un verso.

Es curioso.

—Uno para cada una?

La alemancita comprende que estoy perplejo. —No, señor, éso quisiéramos, pero no se puede... uno para todas.

Otra debe una explicación más clara, la da.

—No es para nosotras, es para ella.

—Para ella?

No comprendo palabra; la alemancita vuelve a notarlo y se explica otra vez.

Sí, pero está muy sorprendida de mi falta de noticias.

—No lo sabe Usted? Nuestra maestra es la niña Amparo, nosotras estamos en la «Braulio Morales».

—En el Morales?

—Sí, señor, en el segundo grado.

—En el segundo B, por que el otro segundo es el de la niña Cheditas.

—Pues no lo sabía.

—Qué raro! Todo el mundo lo sabe.

—Bueno y qué?

—Que se va a casar.

—La niña Amparo?

—Sí, señor.

—Tampoco lo sabía? Qué fálto de noticias.... salió hasta en «La Información».

—Y le han hecho muchos regalos.

—Un jarrón de porcelana con flores azules.

—Una pulsera de reló.

—Un juego de té. Así tiene uno mi tía Enríqueta.

—En casa hay otro muy parecido pero más chiquito, lo compraron donde Herrere.

La atemana no cree bueno tanto salirse del carril. Aborda el punto.

—Nosotras le vamos a regalar un ramo de flores y un verso.

Quiero desconcertarlas.

—Pero éso no vale nada....

La muchacha abre grandemente los ojos azules y se defiende.

—Ella siempre quería que le llevásemos flores a clase, me parece que son Ustedes las que han florecido, nos decía.

La chiquitina vestida de marinera se pone en puntillas para hacerse notar y agrega.

—Un día nos dijo: el mejor regalo que puede hacerse a una alma buena es un ramo de flores.

La capitana acepta este recurso que viene en su defensa, luego agrega:

—Y después nos pagaba las flores leyéndonos versos.

—El de Caperucita Roja, usted lo sabe? Empieza así:

«Caperucita la más pequeña
de mis amigas, en dónde está?»

Una japonecilla asomando sus dos ojazos, casi oblicuos, en el fondo de su carilla redonda interrumpe el verso.

—Y el del árbol caído, dice, es más bonito.

—Y el de la Rosa Blanca.

—Y el de Margarita está linda la mar, de Don Rubén Darío.

—De Rubén?

—Sí, yo le digo Don porque es grande.

—Tú lo conoces?

—Sólo de cara, mi hermana me lo enseñó, venía publicado en la revista de «Atenas».

La señora de Nuremberg, medio muñeca y medio institutriz, vuelve al asalto, toda esta charla la saca de quicio.

—Ahora, dice, queremos regalarle flores y un verso. Nosotras no podemos ir al baile por que es de grandes, pero iremos a verla temprano.

—Ella nos dijo ése día vengan todas, quiero darles un beso.

—Hará Usted el verso, señor?

—Sí, les dije resueltamente, saqué un lápiz y me puse a escribir sobre las rodillas.

Las chiquillas estaban alegres como pájaros, eran mis golondrinas.

Habíamos entrado al jardinillo.

Ellas se fueron acomodando en las callecillas de mosaico, en los arriates, en el banco, todas en torno mío.

A mis piés había una arrojada como si fuéramos viejos camaradas, otra asomaba su carilla despeñada sobre mi hombro.

Me hallaba en la Plaza de San Marcos rodeado de palomas.

—Qué le vamos a decir?

—Ud. sabe.

—Lo que Ud. quiera.

—Ud. sabe mejor que nosotras.

—No. Ustedes deben decir. Yo no sé lo que quieran decirle.

—Que es muy linda, dijo una.

—Y muy buena.

—Y que se ríe siempre.

—Y que canta muy bonito.

—Que sea muy feliz.

—Que no nos olvide.

—Que juega con nosotras y no es orgullosa.

—Que sabe muchos cuentos.

—Que nos pone la mano en la cabeza.

Lo dijo una negrilla casi haraposa que andaba haciendo sonar dos grandes zapatones en que los holgados piés confesaban no estar en casa propia.

Yo me defendí de tanta cosa.

—Pero seamos racionales. Eso no significa nada, dije. Qué más dá que le ponga a Ud. la mano en la cabeza?

—Cómo sólo ella me la ha puesto....

La chiquilla se escurrió detrás de la muñeca de Nuremberg.

Yo apuntaba cosas y cosas. A veces reía, a veces sentía cierta tristeza.

—Bueno, dije, pero recuerdan ustedes que

la niña Amparo se va a casar y hay que decirle algo al novio.

—No. No. No.

Gritaron las quince voces casi a coro.

Todas se levantaron y se apretaron cerca de mí como para defenderse de una agresión.

La más grande habló:

—Del novio no, por que... adiós!

Un mohín precioso fortificó el argumento.

—El se la lleva y vamos a decirle cosas... ni jure!

—Por él se va de la escuela.

—Y no vuelve nunca.

—Bueno, dije, pues digámosle algo malo.

Las chiquillas dudaron. Se miraron recabando opiniones. Algunas parecían asentir.

Muchos ojillos decían casi a las claras:

—¡Eso más bien!!

De pronto, una que yo no había notado todavía, se vino desde atrás. Venía con cierto aire de majestad, resuelta! [como un orador parlamentario.

—Es que Ella lo quiere... tiene que ser muy bueno.

Nerviosamente apréte la mano de la chiquilla.

¡Hasta el ladrón de Amparito quedaba a cubierto bajo el encanto de su escudo!

Dejó el papel en manos de las chiquillas que salieron disparadas.

La alemancita se volvió cinco pasos después:

—Muchas gracias, señor, perdone.
—Muchas gracias, muchas gracias y se agitaban corriendo las catorce manos de las loquillas descorteses.

Qué decía este papel? Yo no sé. Había recogido sus gestos, sus palabras, sus gritos. Llevaba solamente cosas suyas; incoherentes, ligeras, frágiles, como juguetes de cristal.

Amparito, una Amparito que no conozco, la ha leído y la han visto llorar.

Es el milagro del verso. Un ramo de flores y una cadena de disparates, sin ritmo, sin ilación, sin orden, pero un verso sin embargo. Un verso sobre el cual ha caído el bautismo de una lágrima.

Juanita no había vuelto a chistar. Con la blancura de sus dedos deshojaba una rosa blanca sobre las páginas de un libro abierto en su regazo.

Mi prima puso un punto final, muy de mi prima.

—Te concedemos diploma de profesor de retórica.

LUIS DOBLES SEGREDA

Heredia

Nota gráfica de la guerra



Un contingente de poloneses saludando la estatua de Lafayette antes de partir para el frente

Diálogo de las ventanas

Para R. Brenes Mesén

En la tibia soledad de aquella noche de Marzo, que aparecía embozada en la blanca chalina que tejiera la luna allá arriba, en su ruca de ensueño lejanos e inasibles, y mientras iban muriendo, llevados por la brisa de la madrugada, los últimos acordes de la serenata con que el mozo triste venía a despertar a la rubia soñadora a quien embriagaron las sonatas de Verdi y los versos de Hine, en esa hora en que los hombres duermen y cobran vida las cosas, animadas por la sombra de silencio que las cubre, dos ventanas, de marco de cedro y de finísimo cristal velado a esas horas por las hojas de madera, colocada una en frente de la otra, a ambos lados de la calle, sostenían este diálogo:

(El diálogo lo escuché yo. Retrasado después de la salida del teatro, en un cafetín, volvía a mi casa enfundado en mi fiel gabán antiguo que sabe de todas mis correrías nocturnas, cuando escuché una conversación extraña como de voces femeniles. Qué señoritas, qué mujeres, solían estar en la calle a esas horas, platicando? Miré a todos lados: a nadie veía, y, sin embargo, la conversación continuaba. Yo sabía del alma de los caminos, del inteligente espíritu de los relojes, de las armoniosas canciones de las campanas, del alma de los trenes. Pero yo no sabía que las ventanas tuvieran, en el basto laberinto de nuestras ridículas preocupaciones humanas y bajo los ojos luminosos de los astros, un alma compleja y sutil y un lenguaje. La conversación era de ellas y decía, más o menos, a lo que mi memoria ha podido retener.)

—Buena luna, amiga.

—Buena luna.

—Hoy, durante el sol, no he podido hablarte porque me impusieron silencio los amos. La niña Cristina, quien se ha puesto pálida desde que la pubertad vino a visitarla, hoy no pudo levantarse, y he permanecido entornada. Porque así son ellos, los amos, de tiránicos. Nos encadenan groseramente a su existencia como si sólo ellos, en este burbujear de la vida universal, merecieran cuidado, y cual si ellos tuvieran sobre nuestras resignadas agrupaciones vivientes otro mérito que el de habernos atado a la miserable farándula en que pasan los días, ignorantes de su género y de su destino. Lo has visto: si están alegres, nos

visten de rosas; si la muerte se coló, quizá por entre nosotras, para llevarse a alguno de la familia, nos cubren de negros crespones; si hay algún enfermo en la casa, de cuya enfermedad muy a menudo nos hacen responsables porque se debe, quizás, a una corriente de aire frío que entró por una de nosotras, alguna vez que nos dejaron a medio cerrar mientras en la media sombra que proyectamos se acariciaba felinamente la pareja de enamorados, entonces no podemos darnos nuestro baño de sol, ni recortar, para la pobre pared húmeda, que se muere de anemia un cuadrado de oro, robado por el rey del día a las gavillas sazonadas que sienten las mostalgias de la hostia.

—Oh! buena y charladora amiga mía! Has hablado sabiamente, pero hay en tus palabras un tono de tristeza que no está bien. La tristeza es una torpe dolencia de los hombres, cuando no una afectación de los espíritus pedantes que creen cubrir con un velo de hastio la plebeya ignorancia en que se agitan. La tristeza es exclusivamente humana, y nació el día en que el primer hombre tuvo la soberbia de creerse superior al mundo que lo rodea. ¿Es triste acaso el sol, cayendo desde la sublime pureza de su altura sobre tanta miseria y podredumbre? Lo es acaso la tierra—comprendió de las más sagradas abnegaciones—en cuyo vientre gestan las maravillas del porvenir? No; buena amiga. Nosotras estamos sobre este miasma en que viven los hombres, pues que, después de todo, el día en que queramos dejar ciegas las casas que hoy por nuestros ojos se asoman a la luz, echaremos a andar, apareadas como estamos aquí, si te place, hasta llegar a la montaña enhiesta donde, desvestidas del polvo humano que nos mancha, volveremos al cedro de donde salimos, mientras que el vidrio, encuadrado en nuestro marco toraa a ser sílice y arena de una fuente rumorosa donde se bañen las ninfas.

—Acabas de estar de fiesta. Escuchaste atentamente la serenata que el jovenzuelo melencólico y pálido que hace versos cursis dedicaba a la niña de tu casa, esa que todas las tardes saca el busto deprimido sobre ti, llevando consigo un libro que no lee, y toca el piano para que la escuchen los vecinos?

—Sí; la escuché. Pero oye esto que es, sin

ATHENEA está de venta en todas las Librerías al precio
de 25 céntimos el ejemplar.

duda, un raro pensar mío. La música, la buena música, no es un vago murmullo de sonidos incoherentes como pudiera creer la sabia inteligencia de los hombres. En la gama sutil de la emoción musical se encierra el más dulce lenguaje que hombre alguno pudiera articular. Entonces, si cada instrumento habla por sí según la mano que lo pulsa, a qué traer a extraños que digan un lenguaje desconocido a la novia en cuyo corazón ese lenguaje no tiene una propia traducción? Es como si el burgués adinerado trajera a la mujer cuyo corazón quiere conquistar, troveros alquilados que nunca podrían decir otra cosa que su propia canción! Ella, la niña Rosa Amelia se incorporó en su lecho que está cerca de mí y, vaporosa en su vestido de cama, la cabellera despeinada cayéndole sobre la espalda, parecía aguardar, en el desmayo de una intensa emoción, que viniera por ella el eobarde galán que sólo sabe hacer versos cursis y pagar músicas mercenarias para tocar un corazón que se conquista con más altas y más nobles empresas.

—Yo, en cambio, no he abierto mis postigos, de muchos años a acá, si no es para sentir sobre mi alféizar, siento deseo de decir: el ardor de la torva aristocracia de Cristina, pero no sería exacta la expresión (esta ventana había leído a Lugones, seguramente alguna vez en que la señorita dejó olvidada sobre ella «Los Crepúsculos del Jardín») sino es para sentir, iba diciendo, el tallocito de Cristina echado hacia afuera, largos ratos, en espera, quizás, de esa ilusión que todos los hombres aguardan, algunos en vano toda la vida, sin comprender que la ilusión o la felicidad no se aguardan perezosamente sino que se van a buscar por todos los caminos. Alguna vez a esta pobre niña pálida, anémica de sol más que de sangre, un mancebo le dijo unas palabras que bien pudieron ser el prólogo de un poema de amor; y la madre, que escuchaba protegida por una de mis hojas, cortó el diálogo y castigó a la niña con no permitirle, por algún tiempo, acercarse a mí. Y las palabras eran, sin embargo, tan inocentes! casi las mismas—es tan reducido el vocabulario del amor humano—casi las mismas con que ella se dejó adormecer, hará algo más de veinte años, sobre mi mismo alféizar por el hombre, muerto ya, cuyo recuerdo vive

aquí como loca mariposa que en la sombra de su huida se estrellara contra mis vidrios buscando un rayo de luz.

—Ya es tarde; dentro de poco tendremos que callar y caer de nuevo en la aparente vida inerte de las ventanas que se abren y se cierran a impulso de manos profanas que ignoran nuestras ansias y nuestras inquietudes, porque tampoco supieron nunca comprender las tuyas. Acaso no hubo una sonrisa de ironía en las bocas de todos los sabios cuando alguien cantó aquella historia que tu conoces: de un mismo árbol habían sido construidas una cuna y una hermana nuestra. Un incendio destruyó la casa donde estaba la cuna, y en el momento que ésta se consumía entre las llamas, allá lejos, a muchos kilómetros, la ventana crujía cual si un dolor le estrujara el corazón! Todos los sabios rieron de lo que ellos consideraron ridícula historieta. Las ventanas, las infelices ventanas ¿son algo más que aberturas por donde entra aire y luz a nuestras casas? se dijeron. Pero es que no han visto cómo en las noches negras, cuando la niebla borra los contornos de los objetos y hasta los caminos naufragan en la sombra, somos nosotras los ojos luminosos que desde lo alto de los castillos o en las rústicas cabañas anunciamos al peregrino la presencia de la vida?

—De la misma manera, hay un espectáculo más hermoso que el de las ventanas de los coches de ferrocarril cuando el pasajero asoma por ella para saludar con su pañuelo, mientras todo el paisaje que lo circunda va muriendo en una pincelada gris? Es que no han visto cómo son de lúgubres las prisiones con sólo puertas enrejadas, sin ventanas tras de las cuales se asoma un rostro risueño? Por algo, cuando quisieron los hombres hallar un símil para los ojos de sus mujeres les llamaron ventanas del alma!...

—Ahora, al silencio. También a nosotras nos anuncia la alondra que ha de terminar el diálogo. Hasta mañana.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

Marzo, 918

De «Sintiendo la vida...», libro en preparación.

La Imprenta Alsina está editando lujosamente el libro
de Rogelio Sotela

LA SENDA DE DAMASCO

Pida un ejemplar con anticipación. - - 128 páginas

Nota gráfica de la guerra



En Alsacia reconquistada.—Veteranos de 1870 presentados a M. Clemenceau.

Argentinismos más usuales

Por el Dr. A. Esquivel de la Guardia

Especial para ATHENEA

III

D

DAR CHANTA.—Pegárselas a uno.—«A mí no no me la dan chanta»: a mí no me la pegan.

DE.—Hay un «de» que los argentinos, aún muchos ilustrados, intercalan indebidamente en ciertas frases. Por decir: «resulta que eso es imposible», dicen «resulta de que eso es imposible», por decir: «me contestó que no es imposible», dicen: «me contestó de que no es imposible».

DESDE YA.—Desde ahora mismo; desde este instante.

DESPACIO.—Analfabetos e intelectuales dan aquí, a la palabra despacio, la equivocadísima acepción de «en voz baja». Así, «hable despacio», significa: «hable en voz baja»: «camine despacio» es: «ande en puntillas». No hemos podido satis-

facer la curiosidad de saber el origen de tan extraño modismo.

DIARERO.—Repartidor de diarios, *canillita*.

DISPARAR.—El que oiga a un argentino decir: «y entonces disparé», creera que e- que habla movió el gatillo de una arma e hizo salir un tiro. Se equivocará, sin hembargo. «Y entonces disparé», significa: «y entonces sali corriendo». Disparar es salir corriendo. Mover el gatillo de una arma es *tirar*. Esa excepción de *disparar* se ha vuelto tan usada, que ya se usa hasta en el lenguaje escrito e impreso.

E

ENROLARSE.—Sufrir la filiación militar.

ENROLAMIENTO.—Filiación militar.

ENCARGUE.—Encargo. «Te voy a hacer un encargue».

ENTONCE.—Entonces.—Mucha gente, aún culta, suprime la *s* final de *entonces*.

EMPLOMAR.—Calzar los dientes.—¿Cuánto me cobra Ud. por *emplomarme* estos dientes?

EMPLOMADURA.—Calza, aunque sea de oro o de cualquier otra sustancia.

EMPACARSE.—Encapricharse, empecinarse. Un sirviente *se empaca* cuando se encapricha obstinadamente en no hacer una cosa como se le ordena.

ESTRILO.—Enojo grande, furia.

ESTRILAR.—Rabiar de enojo.

ESPIANTAR.—Huir.

ESCRITORIO.—Ha llegado a significar «oficina»: «escritorio de abogado», es «despacho de abogado»; «escritorio de comercio», es «oficina comercial».

ESCRACHO.—Fulana está convertida en un *escracho*: «Fulana está convertida en un *hay de mí*: no vale nada». «Ser un *escracho*»: tener un pobrísimo aspecto. Es, pues, vocablo despectivo.

F

FARRA.—Diversión. «Ir de farr», «salir a divertirse». «Tomar a uno para la farr»: «tomarlo para risa».

FARRISTA.—Amigo de divertirse o de burlarse.

FRANELA.—«Ser una franela»: ser un Juan Lanas, un pobre diablo.

FRANGOLLA o FRANGOYLA.—Mezcla mal hecha; enredo.

FACON.—Cuchillo de campo; machete.

TARABUTI.—Pícaro y grosero.—«No seas tarabuti» quiere decir «no seas malo, no seas mal educado; o las dos cosas».

FLAUTA.—Esta palabra forma parte de la expresión «*¡la gran flauta!*», con la cual se denota admiración.—«Me ha costado ochenta pesos». «*¡La gran flauta!* ¡qué caro!».

FLETE.—Un flete es una cabalgadura ligera y buena, pero no de lujo.

FIRULELE.—Adorno complicado, arabesco.

FIJA.—La *fija* es la seguridad de que tal o cual caballo va a ganar las carreras. La revista de los *carreristas* se llama *La Fija*. «Tengo la *fija* para hoy», indica que se tiene los datos para ganar en las carreras de hoy.

FLORCITA.—Pisaverde, dandy.

FOGUISTA.—Fogonero.

FONDO.—El *fondo*, en una casa está constituido por el patio, la cocina, la despensa y el baño.

G

GALLEGO.—En la República Argentina, todo español es un *gallego*, hablando en forma despectiva. Esto se debe a que la mayor parte de la inmigración española

es gallega, y a que los hijos de Galicia son los que, más que nadie, se dedican a trabajar como sirvientes.

GARUFA.—Diversión, farr. «Salir de garufa»: ir a divertirse.

GANSO.—Tonto.

GALPÓN.—Cobertizo de madera, de zinc, o de ambas cosas, para guardar materiales.

GARANTIR.—Garantizar. «Se lo garanto como bueno», «está garantido», etc., son frases muy comunes.

GALERA.—La *galera* es nuestro sombrero *tirabé*: el sombrero duro. «Sacarse la galera» es quitarse el sombrero, y, por extensión, saludar.

GALLETA.—«Corgarle a uno la galleta» es despedirlo de un empleo; exonerarlo. También es *dar calabazas*.

GAUCHO.—Habitante de las pampas, muy buen jinete, ágil y astuto. El gaucha ha alcanzado un buen lugar en la historia de Sur América.

GAUCHADA.—«Hacer una gauchada» es hacer un servicio difícil de ser ejecutado.

GIRANTA.—(pronunciación *yiranta*). Buscona, mujer de la vida airada, que recorre las calles. Es la *trotteuse* francesa; la *street-walker* de los Estados Unidos.

GOMA.—En esta república, una goma es un borrador para lápiz o para tinta. También es líquido para pegar.

GRINGO.—Los gringos son los italianos. Se usa despectivamente.

GUASO.—Proviene de *huaso* y sin duda ha sido importado de Chile. Tiene el significado de burdo, grosero.

GUASCA.—Dimero.

GRUPOS.—Mentiras. Se usa siempre en plural: «son grupos»: es falso.

GUARANGO.—Descortés, mal educado.

GURUPI.—En los remates el *gurupi*, o *palo blanco*, es el que, de acuerdo con el *martillero* (rematador), ofrece más, para que suba el precio.

H

HACIENDA.—Conjunto de animales que posee una finca.

HAMACAR.—Mover una cama, cuna o hamaca, para mecer a quien esté sobre de ella.

HESITAR.—Dudar.

HESITACION.—Duda.

HERVIR.—En esta nación nadie dice: «el agua hierve» sino «el agua *hirve*».

HUMITA.—Guiso criollo, hecho de maíz y azúcar.

Sección de Medallones



Srta. Georgina Castro

De una modalidad ennoblecida,
un jovial florecer de risa franca
y escondido un dolor para la vida;
y es tan buena y tan dulce y es tan blanca
que la musa del bien para ella arranca
la flor más blanca que su mano cuida...

Los Nuevos ⁽¹⁾

Canto a la Voluntad

Para M. Vincenzi

I

Fuerte! Única!

Para tí, que engendras mundos de la nada, que tu objeto es la vida y tu campo el universo, vaya el canto del filósofo y la oración del místico.

Santa enclaustrada, mujer del mundo, joven que te asomas de puntillas para ver la vida, pensad ese ser misterioso e inconcretable.

Dice ser suyo el mundo lo busca y lo encuentra.

Sabe de todas las magias para alcanzar lo que busca.

Su nacimiento está en lo más oculto de las cosas, en el misterio de las intimidades.

II

Fuerte! Única!

Para tí, que engendras mundos de la nada, que tu objeto es la vida y tu campo el universo, vaya el canto del filósofo y la oración del místico.

Tardes tropicales, tardes heladas del Norte, tardes del desierto, tardes del mar, en vuestro seno palpita, la emoción de la voluntad. Los crepúsculos, las tardes en todas partes encierran ese misionero del pensamiento. Hombres no olvidéis vuestro espíritu en las tardes, para invocar ese genio poderoso. Hombres, las tardes heladas y tristes sienten más vuestra presencia cuando tenéis el sentimiento profundo de la voluntad.

III

Fuerte! Única!

Para tí, que engendras mundos de la nada, que tu objeto es la vida y tu campo el universo, vaya el canto del filósofo y la oración del místico.

Pensar, pero pensar con las cosas: fortalecer el alma en las disciplinas de la más absoluta abstracción: amar con el odio, y vivir el pensamiento, la fortaleza, el odio, y concretarlos en una forma de conocimiento y de regla rígidos, estos son los requisitos que pide al hombre que la busca. La muerte es la prueba mimada de su instinto. Sí, hombres, la muerte. No lo olvidéis.

Heredia, Agosto de 1917.

N. PACHECO SOLANO

(1) ATHENA abre esta sección de LOS NUEVOS para que los jóvenes espíritus que comienzan a rendir culto al Arte puedan ser conocidos por el público y así se les conceda un valor apreciativo que necesitan.

Notas Bibliográficas

Lecciones de Higiene.—Ha sido puesta a la venta la segunda edición de este libro interesante de nuestro colaborador el doctor Francisco Cordero. Verdaderamente plausible es la labor que viene haciendo este higienista con sus escritos, ya que en Costa Rica estamos tan necesitados de esa clase de propaganda. *Lecciones de Higiene* es una obra bien escrita, clara, que deben leer todos los jóvenes. Agradecemos al amigo colaborador el valioso envío de su libro.

La Obra.—El Maestro García Monge, infatigable con sus rinconcitos para hacer labor de cultura, ha fundado una nueva revista de verdadero valor: LA OBRA. Nosotros recibimos con entusiasmo la aparición de esa revista de García Monge que vendrá a colaborar eficazmente en nuestro medio.

El Perfume de la Tierra Natal.—Así se llama un pequeño libro del poeta hondureño Rafael Heliodoro Valle que hemos recibido con verdadero gusto. Bien conocido en Centro América el pulcro orfebre de rimas, no será a nosotros a quienes toque decir algo de él. Nos limitaremos a reproducir oportunamente alguna de sus composiciones para solaz de los lectores.

Mare Nostrum, de Blasco Ibáñez.—El prodigioso y fecundo genio de Vicente Blasco Ibáñez ha dado al mundo otro libro formidable de actualidad: MARE NOSTRUM. Es una novela admirable, urdida al calor de la gran tragedia, que, con los CUATRO GINETES DEL APOCALIPSIS hace una dualidad eterna. Maravilloso hombre este que ha lanzado en los últimos años una serie de libros trascendentales. Esta novela tiene cuatrocientas cuarenta y cuatro páginas y se diría que en cada una de ellas puso el autor muchos meses de tiempo, tal es su viveza y la pulcritud con que están escritas. Sin embargo, al final leemos: Agosto.- Diciembre de 1917. Es decir, cuatro meses de labor en una obra que puede llenar una existencia. Nosotros daremos a nuestros lectores una impresión del libro para que comience a conocerse. La edición

es de la Casa PROMETEO de Valencia y con esta obra se recomienda nuevamente la prestigiada casa editorial.

La Senda de Damasco.—La casa editorial Alsina está imprimiendo la obra de nuestro compañero Rogelio Sotela: LA SENDA DE DAMASCO. Irá tirado el libro lujosamente, con 128 páginas del más fino papel y costará un colón el ejemplar. Los pedidos pueden hacerse anticipadamente a fin de tomar nota de los ejemplares que se necesitan. Pueden dirigirse a ATHENEA, apartado 572. En provincias puede solicitarse por medio de nuestros agentes.

Pasa el Ideal.—José Fabio Garnier que es un noble espíritu trabajador, ha publicado en estos días una nueva obra de teatro: PASA EL IDEAL! No haremos en una nota el elogio del nuevo libro sino que nos limitamos ahora a anunciarlo. Como todos los de este distinguido amigo nuestro, será recibido calurosamente. La edición es de lo más notable y está a la venta en todas las librerías a cincuenta céntimos el ejemplar.

Mercurio.—Es una de las mejores revistas que se publican en América. Editada con esmero, con gran número de páginas, colaborada brillantemente, ha sobresalido siempre. La suscripción por un año vale \$2. Dirijase directamente a *Mercurio Publishing Co.* New Orleans.

Miscelánea Literaria.—Los señores Falcó y Borrásé han publicado en su biblioteca *Renovación* un tomito del gran escritor catalán Juan Margall. Es recomendable la lectura de este librito que prologa don Ignacio Trullás Aulet. Agradecemos el envío.

El Último Madrigal.—Anunciar un libro de Francisco Soler es tocar campanas de oro: los espíritus van hacia él como van los fieles al toque de oración.—Ahora nos regala el celebrado escritor con un precioso tomito que contiene *El Último Madrigal*.—No será ahora que hablemos de este sutil y bello madrigal, sino luego, cuando pergeñemos un valor literario del amigo.